

INMIGRACION: DE PANACEA A DOLENCIA

Por ENRIQUE TEJERA PARÍS

(El Dr. Tejera París presidió durante un tiempo la Comisión Nacional de Inmigración que existió en 1946-1948, así como la Misión de Inmigración en Italia (1947-48). En 1950 presentó, junto con el Dr. José Padrón Irazábal, el informe "La Asimilación de los Inmigrantes" a la Comisión Económica para América Latina, de las Naciones Unidas. Representó a Venezuela en Congresos de Inmigración en Panamá (1946) y Ginebra (1947). El presente trabajo está basado en experiencias, notas y memorias de la época).

I

Toda política debe estar basada en las realidades nacionales, en el análisis de la historia, en el consejo de verdaderos expertos y en ejercicios de proyección y de formulación de "escenarios" del futuro. Al mismo tiempo, no puede concebirse una política sin que antes se determinen claramente los objetivos; ni vale la pena formular una política si no existe la posibilidad de aplicarla, ni se tiene la firme voluntad de ejecutarla.

Estos últimos aspectos, la falta de objetivos, de posibilidad y de voluntad, produjeron la histórica debilidad de la política migratoria de Venezuela, que se manifestó casi delirante hasta 1936, sensata pero excesivamente cautelosa entre 1936 y 1945 y que explotó en el período 1945-1958, durante el cual caracterizaron nuestro panorama migratorio dos políticas: la masiva, pero humanitaria y selectiva de los gobiernos presididos por Betancourt y Gallegos entre 1945 y noviembre de 1948; y la política de "puertas abiertas" de la Dictadura, entre 1948 y 1958. Ambas propiciaron el ingreso masivo de inmigrantes europeos; pero mientras la política democrática fue de selección de inmigrantes para llenar déficits laborales, la de la Dictadura consagró la vieja y reaccionaria conseja de que "hay que blanquear a Venezuela".

En ambos casos, las intenciones superaban las realidades. Pero la dictadura descuidó el factor asimilación y contrarió los intereses de los trabajadores venezolanos. Temerosa de la opinión pública, falsificó la votación popular con un "plebiscito" en el que dio voto a los extranjeros con más de dos años en el país. Se produjo tal complicidad entre la dictadura y los intereses extranjeros, que en 1957, cuando

se atisbaba el desmoronamiento de la dictadura, se ofrecieron "brigadas" extranjeras para defender al régimen. Estas brigadas, que no tuvieron efecto, obedecían consignas de grandes contratistas de inclinación obviamente fascista. Afortunadamente se trataba de casos de excepción, que por su incongruencia ocasionaron indignación entre los italianos y otros extranjeros serios, que son mayoría y han contribuido notablemente al progreso de Venezuela. Pero no puedo olvidar mi primera visita a la Siderúrgica de Matanzas, ya caído el régimen, en 1958. Apenas emergía la planta de tubos hecha por la Innocenti, y lo que destacaba en el paisaje era el elevado edificio de oficinas y una puerta monumental, frente a la cual, formados firmes en dos filas, unos veinte hombres en casco de trabajo nos tributaron el gran saludo fascista. En esa tierra lejana parecían no haberse enterado de que un mes antes había caído Pérez Jiménez.

La continuación indiscriminada de la llamada política de "puertas abiertas" hubiera conducido muy posiblemente a una grave reacción contra los extranjeros que, combinada con la explosión de población que se venía gestando y con la presión de las masas campesinas por sus tierras, no auguraba soluciones pacíficas a los problemas venezolanos. La continuación de la Dictadura habría ciertamente obligado a los partidos democráticos a llevar a cabo una lucha armada para derrocarla y ya podemos imaginar la suerte que hubiese tocado a las famosas brigadas de inmigrantes. La historia, sin embargo, jugó su papel; y del trasfondo subconsciente de los venezolanos emergió el recuerdo de las guerras civiles, de los sufrimientos, de que no condujeron ni siquiera a crear esperanzas. El país encontró, gracias a su buen sentido, la vía más constructiva para buscar más igualdad y bienestar, que era la de la paz y la democracia.¹

Al caer la dictadura, en 1958, muchos inmigrantes —y algunos venezolanos— abandonaron el territorio nacional y se llevaron su dinero. Algunos tenían buenas razones, pues tarde o temprano iban a ser declarados prófugos de la justicia, como ciertos constructores cuya mala fe quedó tristemente demostrada en el terremoto de Caracas, en 1967. Otros, siguiendo la tradición de muchos años en muchos países, volvieron. En todo caso la fuga de 1958 dejó un amplio y positivo saldo, limpiando en parte de escorias el acervo migratorio que Venezuela había acumulado en trece años.²

La llamada "política de puertas abiertas" conduce a la explotación de los inmigrantes, a conflictos con los sindicatos y a la creación de fuertes grupos extran-

1. Para un excelente enfoque histórico-estadístico, es indispensable leer la obra de la profesora SUSAN BERGLUND-THOMSON: "The Musiues en Venezuela". Tesis inédita, Boston, 1980. La profesora Berglund enseña en la Universidad Central y su trabajo es notable, tanto por la metodología como por el acervo de datos y observaciones que contiene.
2. Es difícil determinar estadísticamente el "saldo" migratorio, aun en largos periodos, pues la gente entra y sale varias veces de los países. Sin embargo la experiencia de países como Estados Unidos y Argentina parecen mostrar que el saldo neto está cerca de 50% de los inmigrantes. Según Berglund (*op. cit.*), el saldo venezolano no se aparta de esta regla. En cuanto a la "limpieza de escorias", no hay fórmulas migratorias o eugénicas infalibles, sin contar que todo país de emigración también practica políticas para quedarse con lo mejor y hacer emigrar los desempleados y hasta elementos indeseables de su propia población.

jeros dentro del país. El examen de esta política, si fuéramos a hacerla, se volvería fácilmente una lista de críticas y contracríticas que de todos modos conducirían a proponer ciertos sistemas de selección, de cuotas y prohibiciones, lo que de por sí es la negación de las "puertas abiertas".

Pero una política restrictiva también trae efectos contrarios o inesperados. Venezuela sufre ahora una situación de puertas abiertas *de facto*, que requiere seria consideración. Por esta razón hemos de concentrarnos en el análisis de problemas objetivos actuales, bajo la hipótesis de crear una política de asimilación y de selección de inmigrantes, de complementación de la población venezolana tal como es hoy y no de suplantación de venezolanos por extranjeros.

II

Pero recordemos antes algunos elementos históricos.

Jamás se ha negado en Venezuela la importancia y ventajas de la inmigración. Por el contrario, la preocupación porque vinieran más inmigrantes, que ya era patente en la época colonial, se recrudece desde 1810, cuando se redactaba el Acta de Independencia; se renueva desde 1830 y se refuerza con la creación del Instituto Técnico de Inmigración y Colonización en 1936. El propio 5 de julio de 1811, Francisco de Miranda, al rebatir los temores de Maya y de Roscio, dijo que emigrarían "algunos españoles europeos que, no sufriendo nuestra libertad se oponían, y siempre se opondrán, a nuestra justa regeneración". Y se agregó allí que "si los malos españoles emigrasen, serían sustituidos por otros muchos pobladores que vendrían de Europa, Norte América y de todos los pueblos del mundo".³

Entre 1810 y 1936 se suceden leyes y más leyes y reglamentos de inmigración, contratos para traer inmigrantes, comisiones de inmigración, discursos, artículos, editoriales. Todos los males de Venezuela parecía que se iban a solucionar cuando vinieran los inmigrantes. La deseada inmigración llegó a verse como una panacea, se convirtió en una obsesión para los venezolanos animados por el ejemplo de Estados Unidos, Brasil y Argentina.⁴ Pero si las intenciones eran buenas y frecuentes, si las leyes cambiaban, si los decretos llovían, los inmigrantes eran pocos. Uslar Pietri⁵ señalaba en 1944 que de 1832 a 1888, llegaron 26.090; de 1904 a 1935, 29.000. Y concluía: "la coexistencia de estos 3 países (en que Uslar teóricamente dividía a Venezuela por su densidad) . . . es una de las claves fundamentales para el destino de la nación venezolana. Unificar y equilibrar desde el punto de vista de la geografía humana todo nuestro territorio, es la empresa más vital

3. MARIO BRICEÑO IRAGORRY, *Casa León y su Tiempo*. Caracas, 1946.

4. Argentina en el siglo XIX se dio rápida cuenta de la importancia de la inmigración. Se pagaban primas de \$5 a los agentes, por cada inmigrante. Antes de 1890 regalaron también millones de pesos en pasajes. Tenían ya recepción, etc. . . . La estadística de inmigración empezó a llevarse sistemáticamente en Argentina en 1870, 40 años antes que en U.S.A.

GEORG HILLER: *Einwanderung und Einwanderungspolitik in Argentinien*, Berlín, 1912.

5. Conferencia sobre Inmigración, 21 de enero de 1944.

y perentoria de las generaciones presentes... Estos fines no podremos alcanzarlos con nuestro solo crecimiento vegetativo. La rata de éste (1944) nos anuncia 6 millones de habitantes para dentro de 25 años. Tan sólo la inmigración puede colmar nuestro *déficit* de capital humano” y luego “El hecho de que en Venezuela existen inmensos recursos naturales no explotados, implica que es susceptible de un gran aumento de población antes de que alcance lo que se pudiera considerar teóricamente como su volumen óptimo. Sin embargo, no se puede intensificar la población sin intensificar simultáneamente los otros factores de la producción (capital y material). Todo... el futuro de la Nación Venezolana depende de la aptitud que revelen el pueblo y la clase dirigente venezolana para poblar su territorio. Este es el límite de toda acción posible. Nuestra aptitud para perdurar y crecer como Nación, está en razón directa de nuestra aptitud para confundir las tres Venezuelas geográficas en una sola Venezuela humana, próspera e igual”.⁶

Durante todo el siglo XIX no cesaron de hacerse esfuerzos más o menos válidos para que vinieran inmigrantes. Se enviaban agentes de inmigración a Europa, se reformaban las leyes para dar más facilidades y garantías. Los alemanes de la Colonia Tovar, canarios, algunos polacos y libaneses, italianos, corsos y curazoleños vinieron, unos por su cuenta, otros en virtud de contratos firmados por el gobierno con “promotores” que hacían negocio con la trata de inmigrantes, de gente que deseaba escapar de las inhumanas condiciones que producían la revolución industrial y la consecuente explosión de población. A pesar de estos odiosos contratos para traer suecos, chinos, italianos y alemanes, japoneses, o suizos a los países americanos,⁷ la propaganda y los esfuerzos hechos por Venezuela lograron atraer muy poco de los gigantescos excedentes que salían de Europa y Asia:

En 1832	llegaron	5	inmigrantes.
” 1833	”	122	”
” 1834	”	455	”
” 1837	”	97	”
” 1838	”	676	”
” 1839	”	475	”
” 1840	”	827	”
” 1841	”	3.776	”
” 1842	”	1.627	”
” 1843	”	2.262	”
” 1844	”	1.365	”
etc. ⁸			

6. USLAR PIETRI. *Ibid.*

7. En 1863 el Presidente Falcón dictó decretos desaprobandos algunos contratos de Inmigración. GONZÁLEZ GUINAND, *Historia Contemporánea de Venezuela*, VIII, 195.

8. Tomado de GONZÁLEZ GUINAND, *Historia Contemporánea de Venezuela*.

Ya hemos visto antes que el promedio normal continuó siendo aproximadamente el mismo hasta 1935 y, podemos decir, hasta 1947.

Inmigrantes, sin embargo, no quería decir todos los extranjeros. Sólo los europeos pobres. Los europeos ricos venían (y se quedaban) como empleados de casas de comercio, exiliados, etc. . . También venían algunos profesionales, a veces de Curazao y Trinidad. Los amarillos y negros estaban prohibidos pues en la opinión de los legisladores de entonces la pureza de la raza venezolana debía conservarse. Hasta qué época duraron semejantes absurdos, lo veremos más adelante.

III

Para 1936 los problemas de inmigración se habían vuelto tan extensos y complejos en todo el mundo, que dieron lugar a textos, estudios y finalmente conferencias de la Oficina Internacional del Trabajo y de la Sociedad de Naciones. Como sucede en todos los fenómenos administrativos, no cambia tanto lo que se estudia como la nomenclatura. Y si, en el siglo III antes de Cristo, Roma crea el Pretor de los Peregrinos y en Atenas se daban funciones consulares (proxenia) para ayudar a los extranjeros, en 1936, ya enraizada la reacción contra el enfoque puramente consular-policial de la inmigración, la OIT se siente obligada a convocar (para 1938) una Conferencia especial “de carácter técnico” sobre migraciones. La Conferencia se reúne y recomienda crear organismos oficiales de colonización con autonomía administrativa y financiera, “a fin de tornar más eficiente la realización de las corrientes colonizadoras y permitir al mismo tiempo el financiamiento internacional”.

En esa misma época (1936) regresan a Venezuela dos venezolanos de singular inteligencia y capacidad administrativa, que trabajan en la Sociedad de Naciones, en Ginebra: Manuel Arocha y Manuel Pérez Guerrero.

La influencia de ambos fue notable en nuestra historia reciente. Arocha, que era el mayor, había trabajado en asuntos migratorios y traía consigo las últimas recomendaciones y recetas en la materia. Se preparaba además para 1939 una conferencia en La Habana que habría de recomendar “la fundación de organismos para supervisar la *inmigración y colonización*”. Venezuela fue la primera en saltar a esta nueva ola y creó el Instituto Técnico de Inmigración y Colonización (ITIC).

Con todas las ideas de progreso que pudieron exponerse en Venezuela desde 1936 y la actitud de renovación que se impuso en los servicios del Estado, así como con todo el empleo de hombres de gran brillo y capacidad de trabajo, la coyuntura de Venezuela para la inmigración no había llegado, por la simple razón de que, si bien Venezuela necesitaba inmigrantes, si bien su estructura demográfica y económica continuaban siendo primitivas, la insalubridad y atraso, la escualidez de su mercado y de su educación, su reputación como país de guerrillas y dictaduras, ciertamente la colocaban —lo mismo que en el siglo XIX— entre los países menos atractivos del mundo, hasta para los viajeros profesionales y científicos.

Sobre esto último no puedo olvidar cuando una tarde de los años 30 tocó a las puertas de nuestra casa un hombre macilento, que asocié en el acto con el moribundo que aparecía en mi catecismo seguido por un esqueleto con sudario blanco y una guadaña en la mano, como listo para recolectarlo. Al avisar a mi padre la llegada de quien indudablemente llegaba en calidad de paciente *in extremis*, fue grande mi sorpresa al saber que se trataba del señor Delacour, eminente ornitólogo francés, que meses antes habíamos conocido rozagante en su castillo cerca de París. Allí, en un jardín bellísimo lleno de aviarios y pavos reales, mi padre y él habían sostenido una discusión sobre la suerte de los europeos en los países tropicales. Monsieur Delacour sostenía que les iba mal. El Dr. Tejera sostenía que nada era más falso y que el trópico ni siquiera afectaba el hígado, invento de los franceses. La discusión la ganó mi padre, cuya capacidad persuasiva era irresistible. Su patriótica descripción del llano y los morichales, de las garzas y corocoros, completada con un ejemplar de "Doña Bárbara", hizo cambiar al ilustre ornitólogo su idea de viajar a Brasil para más bien sumergirse en la zona tórrida venezolana. Las consecuencias de este cambio casi resultaron fatales y fueron necesarios todos los recursos del profesor de Patología Tropical para reponer al ilustre ornitólogo en estado de regresar a París y al Museum.

Esto lo traigo a colación porque Delacour había comentado (antes de venir a Venezuela, por supuesto) que dejar vacío un país tan hermoso era una lástima. Que sólo habría que llevarle agricultores —italianos, naturalmente— para convertirlo en un emporio. Pero no contaba con el Paludismo.

El paludismo era una realidad omnipresente en Venezuela. Era la primera causa de mortalidad, acompañado por lo demás de otras bien graves. Como lo resumí mi padre en 1978 "En la época de Gómez, no se podía vivir en Venezuela; no en el sentido figurado, sino literalmente".

Era peligroso pasar la noche en el propio litoral caraqueño, en Caraballeda. Pero era mortal pasarla en otros lugares, otrora prósperos y poblados, como San Carlos, por ejemplo, que visité en 1938. No puedo olvidar aquella ciudad colonial abandonada, con sus caserones derrumbados y sus calles empedradas y llenas de yerba. El anuario estadístico decía que 910 habitantes, pero no vi ni 20 siquiera.

Durante los años 20, incluso hubo *emigración* venezolana hacia Estados Unidos. Jóvenes venezolanos de clase media iban a buscar allí el empleo que no encontraban en su país, lo mismo que quizá antepasados suyos habían hecho hacia Colombia, en el siglo XIX. Los venezolanos raras veces emigran o se nacionalizan en el extranjero, pero sí sucedió en esa época. Al menos entonces iban en busca de trabajo y no como más tarde a Miami en busca de "tranquilidad".

En cuanto a experiencias como la de la Colonia Tovar no eran tampoco como para convencer a nuevos inmigrantes. Los colonos sufrieron mil peripecias desde su llegada a Puerto Cabello. Los sobrevivientes, sin embargo, gozaron de la "suerte" de estar lejos de caminos, del ferrocarril, de todo en fin, porque así quedaron alejados de las guerras civiles. Muchos se fueron a La Victoria y Caracas y produjeron ciudadanos notables; otros se quedaron allí entrecruzándose. Todavía el 21 de

agosto de 1943 la Colonia Tovar producía estas impresiones que transcribo en toda su simplicidad: “Partimos en mula desde el Junquito. Tuvimos un día espléndido y durante todo el viaje (de ocho horas a caballo) fue posible admirar espléndidos paisajes, como el Valle de Caracas y el dique de Petaquire y la cuenca de la propia colonia. Estuvimos conversando con varios “colonos” para ver cómo piensan, si realmente los nazificaron. En este viaje no encontré signos de degeneración (en el anterior, un solo niño idiota y con deformaciones). Esta gente es disciplinada, introspectiva, son de difícil conversación, su inteligencia general parece muy baja. En todo caso son menos inteligentes o menos rápidos que el tipo equivalente de “criollos”. No tienen todos el mismo nivel social. Habitan casi todos en pisos de madera y andan descalzos. Como el suelo está sumamente erosionado, cultivan poco en el lugar. Los hombres trabajan en la Costa y las mujeres, muchas, en la colonia, que ahora se llama oficialmente: Tovar. Son en general católicos y han existido entre ellos disidentes protestantes, de los cuales emigraron muchos a Caracas, mejorándose y mezclándose. No hay cura, pues el que había fue prácticamente expulsado por pro nazi. El maestro Aretz sí hacía propaganda nazi y daba educación alemana y castellana, como que estaba pagado por Alemania. Sin embargo esta gente tiene una extraordinaria apatía política. Se puede decir que no son ni más ni menos venezolanos que los criollos a quienes ellos llaman “los de abajo” (porque vienen de La Victoria). No han sido peor tratados que los demás pueblos de Venezuela. Los Jefes civiles han sido tremendos con ellos. Son profundamente escépticos y para ellos —como para muchos otros— no ha muerto Gómez... Sería conveniente prolongar la carretera y darles o acreditarles ganado lechero, con salida de los productos a Caracas. El nivel moral es alto. La comida es escasa. Son faltos de iniciativa”... “Visité a la Baronesa Von Keller. Esta graciosa dama de edad, vino hace muchos años a vivir a la Colonia. Debo agradecerle no sólo su atención y la del médico, su sobrino, en visitas anteriores, sino el que me ofreciera dejarme heredero de su casa y terreno en la Colonia. En efecto, ayudé a la buena señora a arreglar algunos problemas jurídicos que tenía, pero por supuesto me negué a aceptar cualquier retribución. Parece que hay muchos leprosos. Voy a verificar eso con el Dr. Joachim, de aquí. Los informes son contradictorios. Encontré unas muestras que parecen Cuarzo. Como en el hotel está el doctor Manuilsky, del Ministerio de Fomento, decidimos investigar si había algún yacimiento, pues es material bélico de mucha importancia. No encontramos nada en cantidades comerciales”. “En 1938 una misión del Deutche Institut für Geopolitik decretó a los Tovarenses “perfectos ejemplares de la raza Aria” (Hitler al parecer pensaba hacer de Venezuela uno de sus bastiones, con el nombre de Welserland). Si el Führer hubiese venido en esa época quizá le había pasado lo que a Monsieur Delacour y el mundo se hubiera librado de muchos males”.

IV

Para esa época y desde 1936, ya contaba Venezuela con un Ministerio de Sanidad y Asistencia Social de primer orden, que luchaba con los métodos más

modernos contra el paludismo, las enfermedades infantiles, la tuberculosis y otras endemias. Abrigaba el Ministerio al grupo más notable jamás reunido de Jefes de División; y lo que es más importante, estos hombres eran tan buenos administradores como sanitaristas y médicos. Entre éstos estaba el hombre que pobló a Venezuela más que todos los inmigrantes juntos: Arnoldo Gabaldón. Gracias a esta concentración de talentos, no sólo iban cediendo todas las enfermedades, sino que el país contaba con la *organización necesaria* para aprovechar los grandes descubrimientos de la época de la guerra: DDT, antibióticos, sulfas y nuevas vacunas.⁹

Esta capacidad científica y administrativa aparentemente no la tenían en otros países tropicales, o no la pudieron aprovechar con el mismo éxito que obtuvo Venezuela. Además Venezuela desde 1945 contaba con un nuevo factor vital en administración y política: la capacidad de decisión que demostró el Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno, Rómulo Betancourt, para desviar masivamente fondos de su escaso presupuesto hacia la campaña antimalárica, que culminó en tres años con la eliminación del paludismo en Venezuela.

Por primera vez en la historia, un país entero se iba a ver librado, en tan corto tiempo, de su primera causa de mortalidad. Tan extraordinario acontecimiento cambiaría radicalmente a Venezuela, sin contar que las campañas sanitarias contra las demás enfermedades también darían en su tiempo resultados espectaculares; combinadas con el aumento de empleos y salarios —y por tanto de la alimentación— transformaron a Venezuela en un país tropical con tasa de mortalidad europea. Los niños dejaron de morir, comenzaron a repoblar a Venezuela, lenta y silenciosamente al comienzo, avasalladoramente a los pocos años.

Sin embargo, casi nadie se daba cuenta, pues los pueblos tardan en asimilar lo bueno que están haciendo. El énfasis en lo negativo priva sobre otras realidades e impide que la gente se entere de lo positivo. Mientras la Junta Revolucionaria de Gobierno cambiaba tantas cosas en Venezuela, mientras el país daba un salto adelante y reformaba hasta su esencia misma: su propia población, mientras elegía por primera vez en su historia un Presidente con el voto de todos los mayores de 18 años, sin excepción (lo que también era único en el mundo de 1946), los huecos en las carreteras y “la malacrianza de los obreros” eran el tema de conversación obligada y se conspiraba abiertamente dentro y fuera de Venezuela y hasta en Embajadas extranjeras, para derrocar al gran novelista, hombre bueno, honesto y decente.

Al bajar la mortalidad infantil como bajó, iba a cambiar la proporción entre adultos y menores, ocurriendo un fenómeno de dilución o disminución de cultura, particularmente en los años 1948-1958 y continuando, pero bajo otras formas, en años posteriores.¹⁰

9. El DDT fue usado en Venezuela por primera vez en Morón, Estado Carabobo, por iniciativa de su Gobernador, Dr. Enrique Tejera G., que había sido el fundador, en 1936, del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social y que había seleccionado y entrenado a ese grupo tan notable.

10. Ver ENRIQUE TEJERA PARÍS, “Administración Pública”. Caracas, 1962.

La desproporción entre mayores y menores, entre los que educan y los que son educados, entre los que mantienen y los que son mantenidos, existe hoy en otros países y da lugar a cuadros tan patéticos como el de Haití. No hay que olvidar, sin embargo, que cuando Haití nos ayudó en nuestra guerra de independencia, era uno de los países más ricos del Caribe, ciertamente más que Venezuela. Pero la sobrepoblación, el factor demográfico y el consecuente sobrecultivo y la erosión, llevaron a la patria de Petión a su estado presente.

En Venezuela no sucedió eso, porque su territorio es mucho mayor y su densidad es baja, porque cuenta con el recurso petrolero y porque, como la economía es próspera, vinieron masas de adultos (los inmigrantes) a completar los vacíos de la pirámide de población y, por ende, a mantener y aumentar el acervo cultural.

El auge de construcción, fábricas y agricultura, escuelas y universidades, no hubiera sido posible sin la cultura importada, o sea, sin la llegada de adultos ya formados en sus escuelas de origen. Esos centenares de miles de trabajadores que han llegado a Venezuela nos salvaron de un colapso social y económico, de allí que sea interesante recordar cómo se inició este proceso tan importante.

V

Para 1945, año en que terminó la segunda guerra mundial, seguía incólume el entusiasmo de los venezolanos por la inmigración. Artículos y comentarios periodísticos, y lo que es más importante, estudios serios encargados por el ITIC, insistían en la necesidad de atraer inmigrantes europeos, por cierto a un país que para esa fecha era todavía en gran parte insalubre. De entre esos estudios descolló el de los profesores George y Ruth Hill,¹¹ de la Universidad de Wisconsin. Los esposos Hill viajaron por todo el territorio nacional y volvieron horrorizados con el estado de abandono del campesinado, la casi absoluta falta de dispensarios, médicos y escuelas. Y el propio Hill me dio su conclusión: "¿Para qué traer inmigrantes, me dijo, para qué confrontar todos los problemas de adaptación, de aculturación, cuando ustedes producen y dejar morir a sus mejores inmigrantes? Los mejores inmigrantes son los niños que mueren o languidecen en el propio campo

11. GEORGE y RUTH HILL: "Inmigración y Colonización en Venezuela", 1945. Este informe fue seguido de otro, en 1946. Resumimos: Según Hill (1945) en Venezuela, de acuerdo con el Censo Federal de 1941 sólo 1/3 de la población estaba empleada. Sólo el 23,5% de la población rural estaba empleada. Las cifras dan que aunque el desempleo pareciera serio en las áreas urbanas y sub-urbanas es más subido en las rurales. De un cálculo hecho sobre trece ciudades la situación no está del todo mal. A la población rural de Venezuela se le hace difícil poseer o arrendar terrenos para granjas por su alto valor. Pensamos que sólo cuando Venezuela pueda proporcionar tierras gratis o a bajo costo a los presuntos agricultores, podrá aumentar su producción. El crédito a bajo interés ayudaría, pero tiene poco valor cuando el tamaño del préstamo está fuera del alcance del promedio de las personas. Ejemplo de plan desatinado: Colonización de Tocorón. El trabajo de agricultura no es un empleo atractivo para los venezolanos ni para presuntos inmigrantes.

venezolano, que son de aquí, que nacen ya adaptados. Hay que salvarlos del paludismo, la disentería y la ignorancia. He allí sus inmigrantes". (Dos años después los esposos Hill regresaron para hacer un estudio complementario y expresaron su entusiasmo por el cambio sanitario y educativo que ya se veía en el Interior).

Un experto suizo traído por el Ministerio de Agricultura, en 1946, para aconsejar sobre la producción de queso, nos dio otro enfoque. Al volver de su periplo por las vaqueras y lecherías del Interior dijo: "He observado cuidadosamente el proceso, desde que ordeñan las vacas y hacen el queso hasta que lo envían a las ciudades, y tengo una conclusión: sólo les faltó escupirlo". Tal era la contribución rural a la salud urbana. Hoy (1982), con el escándalo de las pasteurizadoras, vemos no se puede bajar la guardia en materia sanitaria.

Venezuela había clamado durante siglos por más inmigrantes y había logrado muy pocos. Sin embargo, se había fijado todas las reglas imaginables sobre quién debía venir y quién no, a dónde debían ir y radicarse (siempre "en el interior", por supuesto, nunca en Caracas, que se sentía superpoblada con sus trescientos mil habitantes). Año tras año nos pasaba como a la familia que planificaba su fiesta hasta el último detalle y luego llovía y no le llegaba casi nadie. . . De tanto repetir la experiencia se fue formando una actitud de recelo e inseguridad y cualquier grupo que realmente quisiera venir nos tomaba por sorpresa y producía una reacción negativa, contrastando una vez más lo que se decía con lo que se hacía. Por ejemplo, al comenzar la guerra de España, mi padre, entonces Ministro de Venezuela en Bélgica, envió cable tras cable al Ministerio de Relaciones Exteriores solicitando la entrada de un gran grupo de vascos. Por varias semanas no recibió respuesta a sus cables, de tonos cada vez más urgentes. Finalmente se reveló la prudencia y sabiduría del gobierno: "Sírvese usted informar de qué religión son los vascos que pretenden venir". A lo que respondió mi padre "todos los vascos son católicos, pero éstos hace ya diez días que llegaron a México".

De regreso a Venezuela y siendo Ministro de Educación Nacional, tocó a mi padre jugar en 1939 papel principal en un acontecimiento que nos conmovió a todos. . . o mejor, a casi todos: la llegada a La Guaira de un buque lleno de judíos que venían huyendo de Hitler, poco antes de comenzar la guerra. El buque "Koenigstein" permaneció en La Guaira casi un mes, esperando permiso para desembarcar sus pasajeros, que no habían recibido en otros países. Los periódicos relataban, de día en día, la tragedia de aquellas familias enteras, en su mayoría profesionales, industriales y comerciantes, trabajadores todos expulsados originalmente de Austria, su patria. "El Universal" editorializaba porque se les dejara entrar, "pero con la indicación de que no se ocupen del comercio". El diario "Ahora" abogaba porque ingresaran sin condiciones. La alternativa era, por supuesto, que volvieran a Alemania para que los masacrara Hitler quien, feliz, estaba probando con este y otros casos parecidos que nadie quería a los judíos. En La Guaira, se tiró al agua uno de los pasajeros, intentando suicidarse.

Entre tanto el Ministro de Relaciones Interiores, Dr. Alfonso Mejía, muy católico y hermano del entonces Obispo de Ciudad Bolívar, hombre inteligente y taimado como sus obvios ancestros indígenas, ponderaba los peligros que podría

correr Venezuela con el ingreso de doscientas y tantas personas civilizadas, entre ellos muchos niños. Finalmente, el Ministro de Educación (Dr. Tejera) planteó el problema en el Gabinete, describiendo las condiciones de hacinamiento y maltrato en que se encontraban los pasajeros en aquella antesala de campo de concentración que era el "Koenigstein". Uno a uno los ministros todos —y el Presidente que no fue el último— se fueron plegando. El Dr. Mejía salió a dar las órdenes... y el buque había zarpado de La Guaira momentos antes, camino a Curazao. Por radio lo hicieron volver y con toda fortuna pudieron ser acogidos estos pioneros de la inmigración contemporánea. Fuimos a ayudar a desembarcar a los refugiados y llevarlos a "Mampote", hacienda del Dr. Aza Sánchez. Allí, en tiendas de campaña, pasaron sus primeros días de venezolanos, gente que pronto inició industrias importantes, cátedras universitarias y hasta ejerció la dirección de una de las empresas de "Petróleos de Venezuela". Otros tuvieron menos suerte. Un notable químico murió sin haber podido ejercer otro oficio que el de mensajero.

Que se hubiese producido una reacción, si no antisemita, al menos de temor es tanto más extraño cuanto que en Venezuela —como en toda América Latina— había muchos judíos y la influencia judía era muy marcada, casi desde el Descubrimiento. Sin olvidar que Colón era muy posiblemente judío, que el Rey Fernando el Católico también tenía sangre judía muy cercana y que diez por ciento de la población española que quedó después de la expulsión de los judíos renuentes, era de origen judío.¹²

Muchos conversos emigraron a América para alejarse de la Inquisición, que con razón suponían más benigna en este lado del Océano.

En 1782 el obispo Martí en sus "Noticias Secretas" anota que cuando visitó Maracay encontró que de la población de 5.558 almas, eran judíos 1.055 "que habían llegado atraídos por la facilidad y número de los negocios".¹³

Para ser justos, la timidez no sólo se manifestaba hacia los judíos. Por supuesto que continuaban en 1939 los artículos y declaraciones a favor de la inmigración, pero cuando se trataba de tomar decisiones, siempre eran negativas. Mientras el infame Trujillo recibía gran cantidad de refugiados españoles, en Venezuela se les negaba la entrada, por temor a que fueran "comunistas". (No hay que olvidar que de Venezuela fueron expulsados algunos venezolanos con ese pretexto en la misma época). Cuando se nos propuso, durante la guerra, poblar el sur de Venezuela con portorriqueños, el Gobierno venezolano se opuso, basado en que no convenía tener una masa de ciudadanos estadounidenses que, si se quejaban de algo, pudieran producir reclamos embarazosos; y en esto no faltaban buenas razones, pues estaban frescas las memorias de las reclamaciones de extranjeros durante nuestras contiendas civiles.

12. Según Ignacio Olagüe, "Les Arabes n'ont jamais invahi l'Espagne", Paris, Flammarion, 1939. rion, 1939.

"En el siglo XIII vivían en la sola Castilla 900.000 judíos que pagaban capitación; la comunidad judía contaba por tanto varios millones de personas". No venían todos de Palestina. Muchos eran de origen autóctono.

13. Cita de MARIO BRICEÑO IRAGORRI: *Casa León y su Tiempo*.

Pero ya para mediados de 1945 salió la idea de ir a El Salvador a reclutar inmigrantes para la agricultura y en particular la zafra. Hasta planificaron una misión y me propusieron formar parte de ella. Pocos pensaban por supuesto en que sobrevivieran más venezolanos, ni en invitar a venir colombianos, que eran los más vecinos y los más asimilables, por lo parecido a nosotros. La propuesta misión a El Salvador no llegó a salir porque el Gobierno salvadoreño expresó dudas sobre el tratamiento que recibirían sus nacionales en Venezuela. Pero estoy seguro de que hubieran logrado ingresar muy pocos para ese momento.

Poco después fui designado como Representante a una Conferencia Interamericana de Inmigración y Turismo convocada en Panamá. Cuando pregunté discretamente por qué me habían escogido entre los cuatro millones de venezolanos, todos partidarios de la inmigración (como hoy de los ferrocarriles) y todos con iguales o mejores conocimientos sobre el asunto, fui informado de que yo había expresado interés en el asunto y de que además había gustado mucho un trabajo que había publicado sobre los empleados públicos. Frente a este argumento tan parkinsoniano no me quedó otro camino que buscar todo lo que pudiera leer y allí fue que me asomé —no hay otra palabra— de ver todos los estudios, informes y artículos que había sobre inmigración en el ITIC y en el Ministerio de Agricultura y Cría, al cual el ITIC estaba adscrito.

Así preparado como para presentar una Tesis, llegué a Panamá, donde fui muy bien recibido. Un señor de evidente autoridad allí me presentó a su esposa y me dio la mano apretándola de un modo al cual supongo que respondí automáticamente de modo apropiado y con total ignorancia de lo que quería significar. Nunca llegué a saber a cuál fraternidad mundial había quedado afiliado de este modo, a pesar de que lo he consultado con amigos entendidos en signos secretos. Lo cierto es que desde ese momento todo cambió. Me mudaron de cuarto y me dieron una suite. En la Conferencia no había Comisión de la que no me hicieran formar parte, hasta para presidirlas. Nos invitaron a sus casas panameños amabilísimos. Fuimos a Taboga. Visitamos el Canal. La Conferencia fue un gran éxito. Sólo que con nuestra obsesión inmigratoria, no habíamos observado en Venezuela que la Conferencia si bien era de Inmigración y Turismo, trataría sobre todo de lo segundo. Se trataba de crear la Tarjeta de Turismo y de obviar precisamente el control de las autoridades migratorias. Aprendí mucho de Turismo, tarifas, visas, hoteles, guías y relacionistas. Y quedé relacionado a mi vez con colegas de serios conocimientos migratorios pues algunos había, con quienes trabajé en una de las Comisiones. A uno, el señor Shaw, de Estados Unidos, lo reencontraría en 1949 como Embajador de su país en El Salvador. Otro, de Perú, llegaría a ser candidato presidencial.

A raíz del 18 de octubre de 1945 había sido designado Encargado del Ministerio de Agricultura y Cría el Ingeniero Agrónomo Eduardo Mendoza Goiticoa. La Junta Revolucionaria de Gobierno, que presidía Rómulo Betancourt, no designaba Ministros, sino Encargados de los Ministerios. El carácter de "Encargados" no debe engañar al lector, porque los poderes de esos encargados eran casi omnímodos y ciertamente mayores que los ejercidos por Ministros, antes o des-

pués de esa época revolucionaria. Mendoza ejerció, a los 27 años, esos poderes con decisión y certeza, para sacudir y dar nuevos objetivos al Ministerio que había iniciado Alberto Adriani. Por primera vez dirigía el Despacho un Ingeniero Agrónomo. Supo rodearse de profesionales de primer orden, en agricultura, ganadería e investigación científica, e imprimió un ritmo y una mística que no se vieron entorpecidos por la frondosidad burocrática que posteriormente alcanzaron nuestros Ministerios.

Con Mendoza me tocó colaborar como Director Administrativo.

Me es difícil recordar sin escalofríos la velocidad —y la seguridad— con las que se tomaban las decisiones más diversas. Era la arbitrariedad al servicio de la inocencia. Y como Dios protege sin duda a esta última, el Balance de ese Ministerio y el del Gobierno en general fue francamente positivo entre 1945 y 1948. Había una eficiencia, un entusiasmo, un espíritu de solidaridad como se logra pocas veces en la historia de cada país. El sabio Henri Pittier, que dirigía la División de Botánica del Ministerio, debía sentirse como Gulliver en Lilliput entre aquellos dirigentes del Ministerio que casi todos podían ser sus nietos. Un día fue a quejarse a mi padre: “Estos muchachos son insólitos —decía, con su acento suizo—, me dan todo lo que les pido”.

En diciembre de 1945 fui al Canadá, donde tuve oportunidad de acopiar datos sobre el funcionamiento de la Contraloría y de la Auditoría General en ese país.

Al regresar a Venezuela presenté mi informe al Ministro y me reintegré a mi trabajo de Director Administrativo. Comencé entonces a trabajar en un plan para reformar la Facultad de Economía, iniciando las escuelas que hoy la constituyen, modernizando los programas y trayendo profesores distinguidos del Exterior, pues este tipo de inmigrantes ya no tenía obstáculos. Participé en reuniones para crear la Corporación Venezolana de Fomento, invitado por el Ministro de Fomento, Juan Pablo Pérez Alfonzo. Ya a punto de comenzar actividades la Corporación Venezolana de Fomento, me llamó el señor Juan Simón Mendoza, quien era su distinguido Director, para ofrecerme ser el Gerente Técnico. La mente clara, la simpatía natural y sobre todo la capacidad de decisión del señor Mendoza habían sido factor muy importante en la creación de la CVF. Recuerdo con admiración el buen sentido de sus observaciones, entonces como ahora. Por otra parte el Presidente de la CVF iba a ser Alejandro Oropeza, con quien siempre mantuve estrecha amistad hasta su prematura desaparición, en plena y fecunda actividad. Trabajar con estos hombres hubiera sin duda acelerado mi aprendizaje y facilitado mi carrera. Pero tuve que responderles que ya estaba comprometido a pasar a tiempo completo a la Universidad Central y propuse para llenar el cargo de la CVF a Héctor Santaella, quien lo desempeñó con brillo e imaginación.

Las experiencias que tuve en la Dirección de la Facultad de Economía fueron de importancia, aunque no siempre gratas. Habían, sin embargo, de ser interrumpidas con otras nuevas tareas en materia de Inmigración. El gobierno revolucionario creó la Comisión Nacional de Inmigración (ad-honorem) y me designó entre sus miembros. La presidió primero el señor Ramón Ricardo Ball, industrial de mentali-

dad moderna. Más tarde habría yo de sucederlo. Más importante aún, el Ing^o Mendoza había firmado un convenio entre nuestro Gobierno y la Organización Internacional de Refugiados (IRO) para traer 17.000 inmigrantes en dos años. Este fue, sin duda, el despegue de la inmigración contemporánea a Venezuela.

VI

La gente suele asombrarse de que lleguen las cosas que han estado pidiendo. La ciudad de Caracas dio el ejemplo extraordinario de verse tomar por sorpresa cuando le llegó su cuatricentenario. Así nos tomó también por sorpresa la llegada de los inmigrantes que tanto pedíamos. Había escenas indescriptibles. Recuerdo que una vez fuimos a ver el examen médico que se hacía a los inmigrantes a su llegada a Venezuela. Esperando en el patio del ITIC había una gruesa fila de inmigrantes que no hablaban español, por supuesto. Alguien dijo: “prepárense para el examen médico”, el traductor les gritó la traducción y como por arte de magia empezaron todos a desnudarse y nosotros a gritarles que no, que se vistieran, pero ellos interpretaron nuestros gritos como si fueran los mismos del campo de concentración para que se desnudaran más rápido. Costó varios minutos convencer a esa pobre gente de que se volvieran a vestir y para que supieran que habían llegado a un país donde había condiciones más humanas. También recuerdo la reacción de conmiseración, de compasión, de todo el pueblo de Venezuela frente a la llegada de rubios pobres. Un niño vendedor de helados que estaba cerca de unos horribles galpones de refugiados que había en Catia, llegó con su carrito de helados y empezó a regalar helados a todos los niños inmigrantes. Era un negrito tinto rodeado de cabezas rubias. Me dijo: “es que a mí me dan una lástima ellos porque, pobrecitos, son inmigrantes” y completó con amplia sonrisa: “Yo también soy inmigrante de Africa”.

Nada estaba preparado para la llegada de los inmigrantes. Llegaban a galpones, después de un viaje en condiciones infrahumanas. Pero pronto empezaron a construir casas, iglesias, todo rápidamente en un barrio que se llama Altavista, que todavía existe.

Los inmigrantes que llegaban a Altavista ya venían con ventaja, pues habían logrado salir del centro de distribución que el ITIC había establecido en El Trompillo, antigua hacienda de Gómez, situada a orillas del Lago de Valencia.

La idea era que si los inmigrantes venían “para la agricultura”, era mejor recibirlos de una vez en el medio rural. Pero como las visas de inmigrantes las daban los Cónsules y éstos no tenían ni equipo, ni entrenamiento, ni tiempo, ni voluntad para seleccionar inmigrantes, se limitaban a preguntar a los peticionarios si eran agricultores; pronto se corrió la voz en Europa sobre esta palabra mágica para entrar a Venezuela, con el resultado de que con esta denominación llegaban a El Trompillo manicuristas, mecánicos, militares, abogados y otros desesperados por huir de Europa y del peligro de la Tercera Guerra, que al parecer daban por ganada por la U.R.S.S., pues muchos ofrecían como explicación su terror del comunismo. Nuestros cónsules, entre tanto, atónitos ante la avalancha que se ini-

ciaba, continuaban inquiriendo sobre la vocación agrícola, con la misma rutinaria seriedad con que sus colegas de otro país preguntaban si el aspirante tenía la intención de asesinar al Jefe del Estado.

Para perfeccionar este sistema de selección viajó a Europa una misión de hombres de negocios, presidida por Don Miguel Ron, hombre sensato. Sus relatos a la Comisión de Inmigración sobre lo que habían visto en nuestros consulados (y oído en los alrededores) llegaron a Betancourt, que ordenó el enjuiciamiento de algunos funcionarios y decidió enviar tres misiones técnicas con amplios poderes (hay que saber el significado de esta frase en 1946) para organizar “sobre la marcha” el ingreso de inmigrantes. Los jefes de estas misiones llevaban el entonces novel título de Consejeros con rango de Ministro. Como ministro era nuestro más alto grado diplomático, pues en Europa todavía no teníamos embajadas, la presencia de dos ministros en la misma Legación no dejó de producir resquemores. Además, las instrucciones verbales que recibieron estas misiones eran verdaderas órdenes de operaciones, casi truculentas. La política la describió más tarde el propio Betancourt: “Se ponía énfasis en la selección de agricultores, pero no sólo de ellos estaba urgido el país. También se necesitaban médicos, laboratoristas, obreros calificados, artesanos, etc. y contra la tesis agrarista miope de quienes sólo consideraban útiles a los extranjeros cultivadores de la tierra, se aplicó un criterio selectivo menos excluyente, cuyos resultados beneficiosos se hicieron sentir de inmediato”. . . La CEPAL publica los siguientes datos sobre llegada de inmigrantes: . . . de 1945-1949: 38.910 inmigrantes. De 1938-1945: 3.509 inmigrantes.

Mientras el gobierno revolucionario resolvía políticamente los embotellamientos, la administración seguía enviando circulares que podrían calificarse de beatíficas, a no ser que algunas eran inconstitucionales, por racistas y discriminatorias. Las tres misiones, por supuesto, no hacían caso alguno de estas circulares, cuando no se negaban —por cable— a cumplirlas. Semejante indisciplina no era mirada con buenos ojos por los Ministros Plenipotenciarios y en París se produjo una situación tal, que el Jefe de la Misión, José Padrón Irazábal, se vino a Caracas en un avión de carga, sentado sobre un cajón, para combatir el sabotaje que le hacían a su trabajo de traer todos los republicanos españoles que se pudiera.

En Italia la situación no era tanto de conflicto con el aparato diplomático, sino de carrera contra el tiempo, para examinar y seleccionar los miles de candidatos que se presentaban.

Seleccionar era la palabra obligada, que adquiría un aspecto duro, cruel, si no se matizaba el proceso con espíritu humanitario, lo que no era fácil, con tanta gente en cola, en la calle, o con los refugiados agolpados en grandes campamentos cercados que había en toda Europa para esa época.

De esos campamentos el que más recuerdo era el de Bagnoli, cerca de Nápoles. Allí fuimos el 19 de diciembre de 1947, la misión en pleno y los auxiliares italianos. Almorzamos con el Coronel Findlay, Jefe del Campo, el Mayor Burnell, el Mayor Simcock y el señor Carmine, de la IRO (International Refugee Organization).

El campo era un enorme conjunto de edificios y barracas, custodiado militarmente y dirigido por oficiales británicos. Bajo un cielo y llovizna gris pululaban grupos de gente de todas las edades, como grises también, entre los edificios y árboles. Muchos venían de campos de concentración, pero sabíamos que más de uno había estado allí como guardián nazi y no como prisionero... En el caso particular de Bagnoli la proporción era menor, pero entre los ucranianos, croatas, rumanos, checos, albaneses y otros, no sólo había refugiados económicos, u otros que simplemente querían emigrar, sino muchos ex colaboradores de los gobiernos fascistas. No estaba en el interés de Venezuela recibir esta clase de gente, que más bien fueron hacia otros países, y no necesariamente todos de regímenes dictatoriales.

El interés nuestro era por gente de trabajo, industriales e ingenieros, agricultores, mecánicos, profesores, en fin, todo lo que por instinto parecía faltar para el despegue del país. No queríamos militantes fascistas (que generalmente aparecían como “choferes” o “domésticos”) ni torturadores, ni atormentados o psicópatas, que los había en cantidad en medio de aquel infortunio.

Nos llevaron rápidamente en automóvil a un edificio en el que ya estaban trabajando misiones de otros países: Canadá, Australia y Perú, ese día. Conversé durante un rato con mi colega peruano, el Ministro Machiavelo, que no desmerecía de su homónimo en percepción y capacidad de trasmisión, y nos instalamos para lo que sería una larga jornada. La rutina, nos informó el Teniente Shirkov, británico, pero nacido en Rusia, era revisar los expedientes; y nos trajeron paquetes de carpetas, algunas grasientas de tanto manosearlas. El “sistema” de la IRO (Organización Internacional de Refugiados) era simplificar el trabajo de las misiones, que ya eran muchas, siguió explicándonos. Les dijimos que para ver papeles no necesitábamos venir de tan lejos y que queríamos, ante todo, conocer personalmente a las personas seleccionadas por una misión anterior —y ocasional— que había sido enviada de Venezuela.

Trabajamos todo el sábado, y el domingo fui a Capri, donde ya había estado una vez con mi padre. “El viejo pescador, con quien nos retratamos en 1937, había muerto. El Dr. Münthe, que tiene 92 años, hace seis años que no viene a la Torre Materita, vive ahora con la familia real sueca”, decía mi diario.

Para la noche del lunes 22 habíamos entrevistado 212 personas, de los que aceptamos 122 y rechazamos 87... que habían sido aceptadas por la misión ocasional anterior. Estos rechazos nuestros no eran producto de decisiones arbitrarias o del azar. Algunos fueron rechazados por razones médicas o sanitarias; otros, porque la entrevista revelaba rasgos del carácter o del pasado del individuo que lo hacían obviamente inadaptable a nuestro país, y me atrevo a decir, en cualquier país, en algunos casos. La sucesión de personas inelegibles empezó a ser tan seguida, que me molesté y le dije al Teniente Shirkov que lo que parecían reservar a Venezuela, era la hez del campamento.

A eso de las diez de la noche pedimos el automóvil para irnos a Nápoles. Ya llegando a la puerta externa del campamento nos atajó un jeep militar del que bajó un oficial que nos pidió si aceptábamos ver al Comandante del campo,

que nos invitaba. Accedimos, por supuesto, y fuimos conducidos a su oficina, donde nos esperaba con otros dos oficiales británicos.

Muy bruscamente el Mayor Simcock me dijo: "Quisiéramos saber cómo hicieron ustedes para penetrar los archivos confidenciales de la IRO en Roma". La pregunta estaba formulada con toda la experiencia de un oficial de inteligencia, para desestabilizar, por sorpresa, a unos rústicos latinoamericanos. Pero allí quedó, pues le contesté muy secamente que nada había de eso; y que ¿cómo entonces un organismo internacional ocultaba datos a un país miembro? ¿Cómo tenía archivos secretos? La conversación se fue suavizando de parte y parte con la explicación que nos dieron: Habíamos, me dijo, rechazado cada uno de los que ellos mismos hubieran considerado inaceptables, con la excepción de dos, quizás para despistar. Se habían dado cuenta de que tenían en frente una misión seria y nos ofrecían toda la colaboración para ayudarnos en hacer una buena selección. Pero la IRO era depositaria de información militar que ellos necesitaban proteger y realmente los había sorprendido nuestra precisión. E insistieron en que, si habíamos recibido información (comprado, era en realidad lo que quería decir) era mejor para todos tapar esa filtración.

Lo cierto es que no habíamos obtenido ninguna información. Pero ellos sí estaban singularmente bien informados sobre las entrevistas que yo había tenido en Nueva York, París y Roma, con el Gobierno español en el exilio, que tenía un ministro de la emigración, con el jefe del "relief" polaco en París y con la Oficina Polaca de Emigración en Roma (Teniente Zdziechowski) todos, por cierto, personas que me impresionaron por su calidad moral y su deseo de ayudarnos; y ninguno vendía nada.

La franca conversación de esa noche dio un giro muy favorable a nuestros trabajos con la IRO; y la relación personal que establecimos permitió resolver ventajosamente varios problemas presentados por la rigidez burocrático-militar que por fuerza regía el movimiento de aquellos grandes grupos hacia los países más diversos. Por ejemplo, conseguir pasajes o preferencia para los republicanos españoles, representados en Roma por un hombre de gran bondad y personalidad, el señor Semprún.¹⁴ O impedir serias injusticias, como cuando una familia entera fue borrada de la lista de los que partían con el "General Sturgis" porque el examen de sangre de una joven señora la hacía aparecer con sífilis, erróneamente, como lo demostró nuestro brillante médico, el Dr. Temístocles Martínez, que se desveló por este y otros casos. Cuando pedimos que se reparara ese error que afectaba —y de qué modo— a una familia extensa y unida, nos dijeron que ya era tarde. Amenazamos entonces con anular todas las visas —lo que equivalía a detener el barco— si no los embarcaban; y llegaron todos felizmente a Venezuela.

De este modo procurábamos no dejarnos vencer por la avalancha de gente que quería venir a Venezuela, y que eran examinados, sin perder de vista el carácter individual y la necesaria consideración.

14. Padre del ya famoso escritor.

Habíamos llegado a Europa el 7 de noviembre de 1947. Para enero de 1948 la experiencia de las tres misiones (Alemania, Francia e Italia) ya era muy importante. Nos la intercambiábamos Hernández Bretton, Padrón Irazábal y yo, continuamente. Fue tomando forma un sistema de selección respetado por todos. Cónsules que habían sido incorrectos fueron destituidos y al menos en un caso, enjuiciados. Los colegas de otros países estudiaban y aprovechaban nuestros métodos, algunos del modo más fraternal y directo. Por ejemplo, al Dr. Santos, de la Embajada de Colombia, le pedían de tiempo en tiempo inmigrantes de diversos oficios. Para nosotros, que teníamos centenares de cada tipo, ya seleccionados, en nuestras listas IBM, era fácil servirle a este distinguido amigo, ayudándole a escoger sus candidatos. Lo mismo hicimos con otros colegas, a quienes las autoridades indicaban la eficacia del sistema venezolano de selección.

Esto no quiere decir que lo aprobaran. Una mañana el Sub-Secretario de Relaciones Exteriores, señor Brusasca, acompañado del señor Tomassini, me recibió de mal humor, y con esa habilidad especial de los italianos para increpar sin disgustar ni romper, me dijo: “Pero qué se piensan ustedes los venezolanos. Vienen aquí, se aprovechan de la angustia de los italianos, los examinan, les miden el cráneo, escudriñan la familia y así se llevan la mejor gente que hemos levantado, educado, entrenado a gran costo... y todavía ni aceptan las recomendaciones del Ministerio de Trabajo”. No eran sólo las recomendaciones oficiales las que recibíamos, sino las más diversas de particulares, desde obispos hasta secretarios del Partido Comunista. Pero en el caso especial del reclamo de Tomassini y Brusasca sin duda había mucho de razón. No pude, sin embargo, resistir la tentación de recordarle que su posición coincidía mucho con la de Mussolini (que yo acababa de leer) y que había dicho:¹⁵ “Por cada emigrante que sale por siempre de Italia, en compensación del poco oro que nos envía del extranjero, el país económicamente pierde todo lo que gastó para nutrirlo, para educarlo, para ponerlo en estado de producir; pierde militarmente un elemento joven y fuerte que fecundará tierras extranjeras y dará hijos a países extranjeros”.

Las citas de Mussolini no eran bienvenidas en 1947, pero ambos tenían suficiente sentido de humor como para aceptarla como lo que era: una muestra del interés por todo lo italiano, reinante en nuestra misión. Se fue formando una colaboración estrecha, que permitió acelerar nuestro mecanismo de admisión. Los exámenes médicos fueron contratados con clínicas italianas de Roma y del interior de Italia. El propio Ministerio Italiano del Trabajo nos ayudó a hacer una preselección en la provincia, para evitar que tanta pobre gente tuviera que llegar inútilmente hasta Roma (se había prácticamente prohibido visar en los Consulados ordinarios). Para mediados de 1948 toda esta maquinaria estaba funcionando de un modo muy prometedor y eficaz.

15. 26 de mayo de 1927.

VII

En líneas generales este sistema estaba basado en escoger gente que al mismo tiempo que fuera a permanecer en Venezuela, pudiera traer en el futuro cercano su familia; que no estuviera enferma; y que correspondiera a nuestras necesidades ocupacionales. Teóricamente la selección ocupacional debía hacerse con cables que mandaría de tiempo en tiempo nuestro Ministerio del Trabajo, pero los cables del Ministerio del Trabajo eran patéticamente insuficientes, porque mientras nosotros seleccionábamos centenares (y al final miles) de inmigrantes por mes, el Ministerio del Trabajo mandaba cables como éste: “Sírvese usted enviar tres mecánicos, tres carpinteros . . .”, y así doce o quince personas. También los amigos y otros particulares nos señalaban sus necesidades. Recuerdo por ejemplo, que recibí un cable de la Electricidad de Caracas que me pedía bobinadores y cartas de particulares pidiendo a una persona determinada. Señoras amigas pedían sirvientes. Señores amigos me escribían pidiendo mayordomos de hacienda y alguno que otro viajero venezolano se interesaba en una italiana, o yugoslava, o húngara, de su conocimiento.

Fue invaluable para nuestro trabajo la colaboración del Ministerio del Trabajo de Italia, que con su larga experiencia emigratoria, estaba mucho mejor informado que nosotros, por su propia Embajada en Venezuela, de las necesidades de empleo de Venezuela, y nos presentaba candidatos preseleccionados.

La Misión escogía solamente como inmigrante (la calidad de inmigrantes era distinta por razones de visas, de la de residente, etc., que se estaban reduciendo), a cabezas de familia que vinieran en lo posible de poblaciones pequeñas, para que, cuando llegaran a Venezuela, no pretendieran quedarse en Caracas, ya que los que venían de pequeños pueblos de Italia se internaban en Venezuela con facilidad. Se internaban tanto que en el año 1948, cuando regresé a Venezuela, fui a San Carlos, que me impresionó porque ya era una ciudad con restaurante italiano, cines, llena de autos. Estaba contemplando aquel milagro cuando se me acercó un señor que resultó ser el Jefe Civil, que me dijo: ¿qué le parece esto?, le contesté: magnífico. Sí, me dijo, “pero eso es lo malo, las cosas que hacemos nosotros: aquí está metida toda esa gente en San Carlos en vez de mandarlos el Gobierno para el Interior”.

También debían en lo posible ser los inmigrantes casados, pero no con más de uno o dos hijos, con el objeto de que si venían los hombres solos les fuera fácil traer la familia. Para facilitar la reunión de familias organizamos créditos y conseguimos para ello la ayuda de organismos internacionales.

VIII

Este sistema selectivo era visto con mucho interés por otros gobiernos, incluso algunos que habían pasado por la experiencia de “puertas abiertas”, donde el rechazo de inmigrantes se hacía muchas veces en el puerto de llegada, o se les hacía pasar por cuarentenas. Los inmigrantes eran víctimas de agencias que les

vendían los pasajes, les hacían promesas falsas y los despachaban hacinados en buques que apenas mejoraban las condiciones de los traficantes de esclavos. Con el sistema venezolano la negativa, de haberla, se hacía en el país de origen, con una base social o médica. Es más, conocimos casos en que los rechazados por tuberculosis, sífilis u otras enfermedades, si bien no venían a Venezuela, se apersonaba de su situación e iniciaba su tratamiento. Y después de la guerra, estos casos eran bastante frecuentes, de modo que indirectamente y a sus expensas, Venezuela cooperaba con la sanidad europea.

Porque europea tenía que ser la inmigración, y cristiana. La opinión pública venezolana parecía obsesa en esta materia. En una oportunidad me negué cablegráficamente a seguir unas instrucciones racistas que me impartía la burocracia del Ministerio de Relaciones Exteriores. Mis colaboradores de la misión esperaron fascinados el resultado de este cable, pero resultó anticlimático. No vino la destitución, sino una felicitación del Ministro, Andrés Eloy Blanco. El gobierno de Rómulo Gallegos, me decía, promovería de inmediato una reforma de la ley, para eliminar toda otra discriminación que no fuera ocupacional, sanitaria o educativa. Pero la historia no dio tiempo a Gallegos, ni para esto, ni para inaugurar las grandes obras que había comenzado, en educación y sanidad, en vialidad como la autopista a La Guaira, en urbanismo como el Centro Simón Bolívar. Un inútil y avieso golpe cuartelero había de impedirselo. Pero las obras iniciadas siguieron y algunas iniciativas continuaron, y éste fue el caso de la inmigración. Se abandonó la política selectiva pero no se cerraron las compuertas inmigratorias. Y al mismo tiempo comenzaron a rendir frutos la decisión de Betancourt y el trabajo de Gabaldón y los demás sanitaristas: lentamente al principio, avasalladoramente a los tres años, los venezolanos dejaron de morir. Desaparecido el paludismo, fortalecido el pueblo con la reducción de otras enfermedades, los inmigrantes que el Profesor Hill calificaba como los mejores: los propios venezolanos, empezaron, a reconquistar los llanos, la costa y la selva de donde habían huido sus antepasados.

IX

Cuarenta años después, llega el momento de reflexionar y sacar conclusiones sobre la experiencia inmigratoria de Venezuela. Venezuela sin duda aprovechó la coyuntura que esperaba por tantos años, es decir, que de nuevo centenares de miles de personas quisieran o tuvieran que abandonar sus países para tentar fortuna en otras tierras. No nos engañemos. Los inmigrantes no se traen. Vienen. Y vienen por comparación entre lo que dejan y lo que aspiran.

Después de 1945, por unos diez años, Europa se desbordó, América y Australia de nuevo brillaban promisoramente, y de América sólo Venezuela abría sus puertas de par en par y además ofrecía oportunidades de trabajo, y una moneda dura para enviarla a los familiares que quedaban. En todas las plazas de Europa se veían avisos ofreciendo pasajes para Venezuela. Cuando fuimos a presentar nuestros respetos al Presidente Einaudi, el día de su recepción protocolar, este

hombre notable nos retuvo por un instante: "Ah, il Venezuela, me dijo. Anche io, si fosse giovanne andarebbe al Venezuela".

En Italia, en particular, la presencia de Venezuela era obsesiva. Comenzaba la guerra fría y había una verdadera histeria contra el comunismo y el expansionismo soviético. Muchos temían que los comunistas ganaran las elecciones en Italia, que en 1948 estaba en plena campaña electoral. En Milán, donde organizábamos un pabellón de Venezuela en la Feria, presenciábamos un gigantesco mitin del Partido Comunista, en el que Togliatti cerraba la campaña. Era un día frío y nublado de abril. Togliatti, gran orador, se acercaba al clímax de su discurso. Se trataba de desmontar el miedo al comunismo y Togliatti, en ritornello iba diciendo, caso por caso, cómo le echaban la culpa de todo lo malo a los comunistas y terminaba con el colmo, con lo más exagerado de sus oponentes: "Y si en esa ciudad lejana de Venezuela, Bogotá, el pueblo se alza indignado por el asesinato de su líder, Gaitán, ¿a quién se culpa también? —al Partido Comunista...".

Días después de las elecciones, que fueron el 18 de abril, estábamos comiendo en una trattoria de Roma, varios amigos. Mi irremplazable colaboradora, Luisa de Notaristefano (hoy señora de Terenzio) me dice: allí está Togliatti. Nos acercamos a su mesa, Luisa me lo presenta y le digo que lo oí en Milán. Al oír Venezuela, Togliatti hace un gesto de mucha simpatía y dice: "No me hable de Venezuela. Estoy obseso, como todos los italianos. Me di cuenta en el momento mismo de lo que decía y no pude continuar, como usted vio".

Muchos profesionales europeos vinieron, e implantaron bancos y negocios, sentaron cátedra en nuestras universidades, hicieron medicina rural. Lo más importante, dejaron hijos y contribuyeron fuertemente a engrosar una clase media incipiente en Venezuela. Por otra parte la permeabilidad social de Venezuela permitía rápidamente cambiar del estamento proletario al de pequeño burgués, y en una sola generación, a la alta burguesía. Venir a Venezuela y cambiar de status era casi instantáneo para muchas familias de Europa. Este fenómeno, desgraciadamente, casi se limitaba a los europeos, que venían ya formados y educados; pues hasta 1958, mientras ellos progresaban económica y socialmente en Venezuela, los venezolanos estaban represados por la falta de escuelas, de liceos, de universidades. No había igualdad de oportunidades. En 1959 era claro que el gran igualador tenía que ser la enseñanza y sobre ésta se concentraron desde entonces nuestros esfuerzos. Treinta años después, oímos decir que "los venezolanos no trabajan, sólo los extranjeros". Es que ahora los venezolanos están estudiando, recuperando el tiempo perdido. Saben que cada grado que superan aumenta sus posibilidades de ingreso. Y el numen, el escalón máximo es ser "doctor", pues esto representa, a los ojos de padres e hijos, el acceso definitivo a la clase rectora. No importa que el título de doctor hace años que no se otorga —ni se otorgará— como título profesional; tampoco importa que otros oficios puedan ser más útiles o remunerativos, porque de lo que se trata es de cambiar el status, del acceso a la igualdad por arriba. El "doctor" de nuestra época es el "Don" y el "Usted" de 1811. Dan ganas de cambiar, en la Constitución, el "ciudadano y usted" por el "doctor y tú" que correspondería mejor a las costumbres de hoy

en día. Pero no debe criticarse ni contrarrestarse el afán igualitario que nuestra Historia ha hecho posible. Habrá que guiarlo, canalizarlo, racionalizarlo, mediante la planificación, que diversifique los empleos; y mediante la educación, que desmistifique los “doctorados” y ponga en valor las otras carreras y oficios. Por esto también ambas: planificación y educación, han alcanzado puesto tan importante en nuestra Constitución. Son consecuencia necesaria de la evolución del pueblo venezolano.

Las condiciones europeas han cambiado y en vez de estimular la emigración, más bien atraen inmigrantes. Ahora son los países europeos los que tienen serios problemas de aculturación, de asimilación de inmigrantes; hasta financian generosamente a los inmigrantes que quieran regresar a sus países de origen, sin mucho éxito, por cierto.

La situación de Venezuela en esta materia es parecida. La opinión de los venezolanos ha cambiado: Ya no se expresan de la inmigración como de una panacea, sino como de una dolencia. En este país de inmigrantes, donde dos ex-presidentes (Betancourt y Leoni) son de primera generación venezolana, hay muestras irritantes de rechazo hacia la nueva ola migratoria: colombiana, ecuatoriana, dominicana, guyanesa, etc. . . Las razones que se aducen van más allá del “blanqueo”, pero esta obsesión secular no ha desaparecido del trasfondo. Es más, hay síntomas racistas, ya denunciados en el informe para crear el Sistema Nacional de Coordinación y Planificación (1958).¹⁶ Parte de estos síntomas racistas pueden explicarse como típicos del proceso de aculturación de los grupos europeos.¹⁷ Como reacción al racismo europeo empieza también a notarse otro racismo al revés, que también pudiera explicarse como parte del fenómeno aculturativo de las nuevas agrupaciones inmigratorias, algunas de las cuales hasta se permiten despreciar a los venezolanos. La actitud expoliatoria de algunos funcionarios de extranjería y agentes de policía, es un desgraciado ingrediente para alimentar estas tensiones. Esta “democratización” de la corrupción, si bien es combatida no lo es con suficientes recursos y eficacia. A esto se agrega la persecución de “indocumentados” por el solo hecho de serlos sin mostrarles claramente vías alternativas de asimilación.

Es cierto que esta persecución es la respuesta que todos los países dan al problema. Sirve además para identificar delincuentes. Pero su consecuencia más frecuente: la deportación, es de eficacia muy baja en todo el mundo; hay deportados que regresan el mismo día, en países europeos, en América del Norte, en Venezuela. Regresan por lo que antes se dijo: por comparación entre las condiciones de su país y el nuestro, por lazos familiares y, en menor escala de lo que se cree, con fines delictivos.¹⁸

16. El Sistema Nacional de Coordinación y Planificación: Informe de la Comisión Preparatoria .Miraflores, Decretos 27 de junio 1958; 30 de diciembre 1958. Ver textos en: E. TEJERA PARÍS, “Dos Elementos de Gobierno (Personal y Planificación)”. Caracas, 1960.

17. Ver BERGLUND, *op. cit.*, Chapin “Experimental Designs in Sociological Research”, Harper Nueva York, 1947; FISCHER, “The Design of Experiments”, Oliver, Londres, 1950; y ANDO, FISCHER, SIMON, “Essays on The Structure of Social Sciences Models”, Boston, MIT Press, 1963.

18. En general, la delincuencia es menor entre los inmigrantes. Ver BERGLUND, *op. cit.*

Sería mucho más eficaz iniciar de nuevo un sistema de selección.

Hace unos quince (15) años propuse en declaraciones de prensa, que se restablecieran misiones de inmigración, esta vez en Colombia y otros países.

Esto no sería factible hoy, ni realista. Pero sí lo sería hacer la selección *dentro de Venezuela*, con los que ya están aquí. En otras palabras, que desaparezca el tamiz exclusivamente policial de las redadas actuales, para convertirse en instrumento de una política poblacional, formulada conjuntamente por Cordiplán, y por los Ministerios de Educación, Trabajo, Relaciones Interiores y Exteriores, Defensa, Sanidad, el I.A.N. (heredero del ITIC) y expertos juristas, sociólogos, etc. . . .

Esta política tendría por objeto la estabilización y asimilación de todos los inmigrantes que estén trabajando, documentándolos si fuere el caso, dándoles tranquilidad y la plenitud de sus derechos constitucionales y guiándolos hacia su nacionalización y el cumplimiento de sus deberes civiles y militares. Y, naturalmente, tendría que ser encarada como *política poblacional*, igualadora de todos los venezolanos, y no exclusivamente *inmigratoria*.

X

El que se siga hablando del fenómeno inmigratorio aisladamente, pareciera paradójico a la luz de las estadísticas, que en esta materia reflejan cifras aparentemente reducidas, sobre todo vistas desde la Venezuela de hoy, con sus diez y nueve millones de habitantes, como parecerán mínimos los hechos nuestros de hoy, a los venezolanos del siglo XXI. La importancia de las políticas y decisiones históricas, sin embargo, no estriba en su cuantía, sino en su influencia, buena o mala, sobre generaciones posteriores. Es un lugar común hablar de perspectiva histórica, y sin embargo no conviene olvidarla; y no sólo la retrospectiva, sino la futurista, la prospectiva. Nadie duda hoy, en efecto, de la importancia de nuestra guerra de independencia o de la de Estados Unidos, pero los ingleses o españoles de la época sólo las vieron —con pocas excepciones— como meros apéndices de los conflictos europeos. España combatía nuestra independencia aquí, mientras defendía la suya allá. Aquí mismo, al saberse la noticia de la batalla de Ayacucho, y el honor conferido a Sucre por el Congreso del Perú, su coterráneo el General Bermúdez desplegó toda su envidia exclamando: “Como serán esos españoles del Perú, cuando hasta Toñito es mariscal”. Juzgar los hechos contemporáneos es difícil, como sucedió a Luis XVI, que el día de la Toma de la Bastilla escribió en su diario: “Nada”.

Sin la inmigración no hubiera sido posible la enorme expansión universitaria de Venezuela. Sin la inmigración no hubiera sido posible nuestra brusca, sorpresiva expansión agrícola actual, ni la de la construcción, ni la industrial. Los inmigrantes vinieron y siguen viniendo a llenar el enorme hueco que rodea nuestra pirámide poblacional en lo que respecta a los adultos. Con los inmigrantes estamos ganando siglo y medio de progreso. Todavía en 1990, y después, seguirá

conviniendo a Venezuela recibir inmigrantes, de todo tipo o nacionalidad. Claro que habremos de hacer esfuerzos de selección, de filtraje, crecientes a medida que haya adultos venezolanos suficientes para los distintos tipos de trabajo. Pero ni el problema radica en esto, ni la solución tampoco.

El principal problema, en efecto, está en la asimilación de los inmigrantes, en su venezolanización. La solución es cultural y educativa. Nos fue más fácil percibirla, en 1958, por el hecho de haber estado siete años fuera de Venezuela. La ventaja de nuestras sorpresas condujo a proponer la creación de un Sistema de Planificación de Venezuela y a confrontar el problema de población y de su educación, como un todo. La inmigración, ese gran fenómeno esperado durante un siglo, llegó y pasó a ser un ingrediente más del problema poblacional y cultural. Hoy debemos ver sin nostalgia la desaparición de una panacea y dedicarnos a enfrentar las nuevas realidades, que ya son mejores que las de 1936, 1945 y 1958.